

A propósito de *Indignez-vous*

Ester Astudillo¹

Es sorprendente, aunque no debiera sorprenderme ya a estas alturas, pero aun así es sorprendente, digo, la rapidez con que se catapultan al éxito aquellos fenómenos “sociales” que se juzgan merecedores de tal cosa. Y recalco el uso impersonal del verbo “juzgar”, puesto que la identidad del ente que “juzga” es hoy totalmente difusa –y ello resulta a todas luces ventajoso para los factótums que andan detrás, que haberlos haylos, aunque sean inidentificables.

Pues bien, es sorprendente, sí. Por un lado, sorprenden los criterios que determinan qué debe tener relevancia mediática y qué no: repetir una y otra vez que se establecen en aras del saber, la justicia y la cultura no es ningún conjuro capaz de transformar el *mantra* en realidad. Eso por un lado. Por otro, sorprende la eficiencia de las campañas mediáticas: una novedad editorial da muestras de ser un éxito de ventas y a partir de ahí se replica hasta en la sopa, se transforma en fenómeno de masas, y aparece en programas, en entrevistas, citas, periódicos, referencias... El “fenómeno” cultural es claramente endogámico. Y claramente autorreferencial.

Todo esto viene a cuento del libreto que da título al artículo, el fenómeno *Indignez-vous* (*¡Indignaos!* en versión española), que merece una etiqueta por sí mismo. No me considero una víctima propicia de las campañas mediáticas, pero de no saber absolutamente nada del autor, Hessel, ni del libreto mismo, pasé en 2 días a leer primero una entrevista que se le hacía aquí en España en relación con aquél e, inmediatamente, a ver referencias a su persona en casi todos los medios que consultaba. Incluso en mi librería local observé que había gente interesada en *oírear* su libro: estaba incluido entre los seleccionados por los libreros como “lectura recomendada”. Pero todo eso vendría después.

La entrevista que leí y que me picó el interés por saber más me dio pie a imaginarme un estudio sesudo, un análisis del tipo europeo al que los franceses han sido tan dados, que revisara la evolución –por no decir deriva– intelectual, o al menos ideológica, en Occidente en los últimos 60 años. Pensé en Sartre. Pensé en Merleau-Ponty. Pensé en Simone de Beauvoir, contemporáneos de Hessel. Me asombró que una obra así se hubiera convertido, al menos en Francia, en un best-seller: aunque de sobras sabemos que Francia y España no son comparables en la mayoría de cosas, el mercado es el mercado. Este hombre merece ser leído si ha conseguido rigor intelectual y encima éxito en el mercado, pensé. Y además, el título “engancha”.

Me defraudó la portada del libro cuando llegué a ella: la bocina no es el medio más apropiado para difundir datos ni ideas “profundas” que aspiren a “explicar” el estado de cosas en el mundo actual. El precio, además, era acorde con mis suspicacias: 3,15 € en Francia –5 € en España, prefiero no preguntarme el por-

¹ Lingüista, traductora y poeta.

qué del 70% de incremento—; de ningún modo podía tratarse del tipo de “cosa” que yo al principio había imaginado.

Luego vino la lectura del texto, al que llegué por la red: 12 hojas en total, en su traducción al castellano. Esto no puede ser el texto completo, pensé antes de iniciar la lectura. Y renové mi búsqueda, incluyendo la del texto original en francés. Pues sí, sí estaba todo lo que era. Y no había más. Todo cuanto un nonagenario superviviente de la 2ª guerra mundial podía gritar a los jóvenes —y no tan jóvenes— para persuadirlos de su necesaria ‘indignación’ cabía en 12 páginas. Para mí, aquello era pájaro de mal agüero.

Con malas expectativas leí lo que han dado en llamar “libro” y yo en seguida califiqué de “panfleto”. No había en el contenido nada que no se hubiera dicho antes: ningún análisis —12 páginas dan poco de sí—, ninguna perspectiva sobre la materia que no fuera banal, o repetitiva en el mejor de los casos. Lo que ahí dice Hessel no lo hace destacable por su contenido intelectual o novedoso, sino por razones ajenas a la palabra, es decir: por razones de autoría, por ser Hessel quien es; y sobre todo, por haber sido quien fue.

No quiero restarle ningún mérito al Sr. Hessel; siendo judío francés, estuvo preso en un campo de concentración después de luchar por su país y sobrevivió, para luego participar en la redacción de la Declaración de los Derechos Humanos, una obra muy loable: es el único de sus hacedores que continúa vivo. Aun así, y sin entrar a fondo en la cuestión ni cualificar el tipo de argumentación a que Hessel recurre, puestos a hacer una lista de motivos por los que la población deberíamos alzar la voz de descontento echo en falta la denuncia de la pobreza “oculta” o maquiada en el primer mundo, por ejemplo, o la denuncia de los dirigentes políticos como cómplices de lo que Marx habría llamado el “capital”, y sí encuentro, en cambio, un exceso de “naïveté” en el discurso de Hessel, que parece recién despertado de la Francia pos-ocupada: o bien es “naïveté”, o bien es hipocresía.

Sus eslóganes, basados en vaguedades y generalidades que no son más que secretos a voces (*«Ya es hora de que la preocupación por la ética, la justicia y la estabilidad duradera sea lo que prevalecen»*, dice en un momento dado, o bien el último párrafo que cierra el panfleto, *«Hagamos un llamamiento a una verdadera insurrección pacífica contra los medios de comunicación de masas que no proponen como horizonte para nuestra juventud más que el consumismo de masas, el desprecio por los más débiles y de la cultura, la amnesia generalizada y la competición a ultranza de todos contra todos»*.) me parecen muy mediocres para resultar realmente efectivos. El mismo librito y su publicación, con o sin la aquiescencia del autor, se está convirtiendo en un fenómeno de masas: será el momento tal vez de valorar si su eficacia como fenómeno “editorial” es equiparable a su eficacia “comunicativa”, en tanto que conmina a la acción colectiva. Quizás antes de morir a Hessel no le quede más remedio que aceptar con pesar que su mensaje pretendidamente incendiario murió de éxito.

Porque la pregunta que no puedo evitar formularme es ésta: la iniciativa del libro, ¿ha partido del autor, en busca de editorial que le publique? ¿O ha viajado a la inversa? ¿Ha sido Hessel quien ha buscado dejar explícitamente y por escrito un testamento vital antes de desaparecer definitivamente? ¿O la publicación es el resultado de un estudio de marketing, del descubrimiento de un nicho editorial aún

por explotar? En realidad, ¿tiene alguna importancia que la iniciativa haya viajado en un sentido u otro, dados los resultados? ¿Por qué se ha vendido como churros un librito que no dice más que obviedades? ¿Es efecto de la “promoción” editorial? ¿Efecto del boom mediático que se ha hecho del autor, un perfecto desconocido fuera de Francia –tal vez incluso dentro– hasta ahora?

Quizás el problema es que yo ya no soy tan joven. Quizás sea que no doy el perfil de lector tipo a quien va dirigido el libro. Quizás sepa demasiadas cosas, que es lo que nos pasa a quienes tenemos ya una cierta edad. Pero a mi entender, se quedan fuera del libreto tantas razones por las que merece la pena algo más que la indignación que no puedo más que indignarme con tal reduccionismo.

Como me indigno ante el juego mediático que se le ha hecho a la publicación, igual que a tantos otros productos que han catapultado a sus hacedores al “éxito” en el mundo de la “cultura” por lo que a mi entender son oscuras y oblicuas razones. Las mismas razones, sólo que a la inversa, que subyacen al “ocultamiento” de otros fenómenos o productos que, siendo “relevantes”, no han hallado nicho para la difusión mediática –y estoy pensando, por ejemplo, en todo lo sucedido en Islandia con el escándalo de la crisis bancaria. Se me ocurren algunas razones, no pocas, por las que no convenga publicitar el modelo de reacción ciudadana drástica de los islandeses. Pero probablemente mi opinión, irrelevante y anónima, sea, como ya digo, cosa de haber nacido hace algo más de cuatro días.